

Tramas de la constitución subjetiva desde un enfoque relacional

Networks of Subjective Constitution from a Relational Perspective

Taborda Alejandra¹; Labin Agustina²

RESUMEN

Este trabajo presenta un recorte de los temas de investigación que venimos desarrollando desde algunos años respecto al psicodiagnóstico de niños. Un paso importante en este proceso es poder detectar si en dichas dificultades subsumen déficits en la constitución subjetiva, conflictos o, reconstrucciones subjetivas en curso que demandan de fluidos movimientos progresivos/regresivos. Para trazar ejes conceptuales que permitan agudizar nuestra mirada sobre estas diferencias recurrimos, como figura didáctica, a puntualizar observables evolutivos desarrollados en el transcurso de la infancia, organizados en torno a las primeras ligazones amorosas, un segundo tiempo de diferenciaciones amorosas y un tercer momento de descubrimiento de la alteridad del otro. Observables que se constituyen en habitantes de las capas profundas de nuestra mente, coexisten y transforman a lo largo de la vida. En pos de señalar la importancia de elaborar diagnósticos que den cuenta tanto de lo constituido y sus transformaciones, como de los déficits y/o dificultades nuestras descripciones se focalizan en los dos primeros. Dos supuestos básicos guían esta presentación; en la vida de una persona el diagnóstico nunca resulta neutro, es terapéutico o iatrogénico y, tanto desarrollo como trauma devienen en la dimensión relacional intersubjetiva.

Palabras clave: Infancia - Constitución subjetiva - Psicodiagnóstico

ABSTRACT

This work presents part of the research topics that we have been developing for some years regarding the psychodiagnosis of children who consult through school referral. Said topics are related to the psychodiagnosis of children. An important step in the patient's evaluation process is to detect if the difficulties faced by those children include a deficiency in their subjective constitution, conflicts or ongoing subjective reconstructions that require progressive/regressive movements. As a didactic device, we decided to consider developmental aspects observable across childhood in order to outline core concepts that allow us to improve our analysis of these aspects. Said observable developmental aspects relate to the first affectionate bonds, a second stage of affectionate differentiations and a third stage of the discovery of otherness. These dimensions are pointed out as emergent in the frame of complex networks of nonlinear subjective constitution processes. These observable developmental aspects exist in the deep layers of our minds, coexist and transform along life. In this work, our descriptions focus on the first two dimensions. Our purpose is to highlight the importance of making diagnoses that account for what is established and its transformations, deficiencies and/or difficulties. Two basic assumptions guide this presentation: that in a person's life, a diagnosis is never neutral; it is either therapeutic or iatrogenic, and that both development and trauma occur in an intersubjective relational dimension.

Keywords: Childhood - Subjective constitution - Psychodiagnostic

¹Universidad Nacional de San Luis (UNSL). Facultad de Psicología. Doctora en Psicología. Profesora titular de Psicología Educacional Psicoanalítica. (UNSL). Investigadora Categoría II. Directora de Proyecto de Investigación PROICO 12-14141 (UNSL). Vice-Decana FaPsi (UNSL). Secretaria de Posgrado FaPsi (UNSL). Directora de la carrera de Especialización en Psicología Clínica Asistencial Infantil (UCC). Autora de libros y artículos científicos. Por su producción obtuvo los premios Revista de Psicopatología y Salud Mental del niño y del adolescente (España, 2010), el premio de la Facultad de Psicología (UBA, 2008) y AAPSM (2006). E-Mail: taborda.alejandra@gmail.com

²Universidad Nacional de San Luis (UNSL). Facultad de Psicología. Licenciada en Psicología y Doctoranda en Psicología (UNSL) Becaria de posgrado CONICET. Profesora invitada por la Universidad de Aconcagua y Universidad Católica de Cuyo para dictar cursos sobre WISC-IV. E-Mail: alabin@unsl.edu.ar

INTRODUCCIÓN

Desde hace algunas décadas, los desarrollos psicoanalíticos se enfrentan al desafío de dilucidar qué aspectos de la teoría quedan abrochados al modo en que se pautaba la constitución subjetiva en el siglo XIX y XX y cuáles los trascienden para poder dar respuestas a las problemáticas actuales, así como, responder al reto de efectuar ampliaciones teóricas referidas a los efectos estructurantes de la dimensión relacional a lo largo de la vida. En sentido estricto no existe mente aislada, tanto desarrollo como trauma devienen en la dimensión relacional intersubjetiva contextual e históricamente situada (Bleichmar, S. 2016; Coderch y Plaza Espinosa, 2016; Dio Bleichmar, 2015; Muller, 2009).

Desde este enfoque, los invitamos a poner la mirada en las constelaciones intrapsíquicas que se configuran en el transcurrir de la primera infancia, desde la intersubjetividad primaria a la terciaria, inmersas en la vida íntima de la matriz relacional, con sus peculiares tramas interactivas, recíprocos intercambios, espejamientos e influjos no lineales. El devenir humano se configura en las complejas correlaciones entre las propiedades genéticas y congénitas, experiencias vividas y múltiples combinaciones conscientes e inconscientes que de ellas surgen. La autoestima, recursos de apaciguamiento, capacidad deseante, modalidades de desear y sus contenidos temáticos, dominancia, concordancia y contradicción entre ellos, sistema de alerta, tiempo de espera de la resolución del displacer, angustia de desintegración y fragmentación, triunfos y avatares, son estructurados en dicho interjuego. H. Bleichmar (2015) refiere que en diferentes marcos teóricos se explica la importancia del espacio relacional en la configuración de las funciones psíquicas y presenta un aporte superador al señalar que la función deseante tiene su génesis e historia en las relaciones con los otros. El núcleo inicial con que nacemos, requiere ser desarrollado, su energía no está limitada a sus orígenes y, sus formas de manifestación no están preformadas para luego desplegarse o reprimirse. Lo del otro adquiere existencia en el niño a partir de dos procesos básicos: la identificación y efectos estimulantes/estructurantes que su actividad genera en las constelaciones internas. Desde esta perspectiva, proceso de separación, constitución psíquica y subjetiva se interpenetran en convivencia dialéctica con los procesos de identificación, consonantes con la capacidad de querer, empatía, vivacidad, disponibilidad, capacidad negociadora de los adultos que conforman la red vincular encargada de los cuidados del niño. Tales efectos quedan registrados como recuerdos, función, capacidad de poner en acto, de ejecutar una cierta actividad y en lo profundo de nuestros sistemas biológicos, fisiológicos, intrapsíquicos y relacionales. Según esta línea de pensamiento, para arribar a la complejidad del inconsciente es necesario distinguir entre: a) Lo originariamente inconsciente, aquellas inscripciones que directamente se realizan en el inconsciente, sin que existan mediaciones conscientes. Se trata de inscripciones generadas por la acción del otro que transmite ciertas representaciones

cargadas de afecto, sin que ello haya pasado por la consciencia de uno ni de otro protagonista. Gran parte de los intercambios emocionales presentes en las interacciones entre el sujeto y otros significativos tienen esta cualidad. El inconsciente de procedimiento, no reprimido, se encuentra inscripto en el cerebro, predominantemente en el hemisferio derecho, a modo de innumerables redes y neurocircuitos que al activarse e interconectarse entre sí dan lugar a las emociones, representaciones, recuerdos y pautas de relación que dirigen nuestro pensamiento y comportamiento, aunque la mayoría de ellos no lleguen a hacerse conscientes. b) Lo secundariamente constituido, corresponde a aquello que habiendo estado en primera instancia en la conciencia fue relegado al inconsciente por la angustia que producía su permanencia. c) Lo no inscripto en el inconsciente o lo no constituido, “el código de peligro produce la no inscripción de ciertas representaciones del código de placer” (Bleichmar, H., 1997, p.150). Los sujetos para quienes el mundo fue registrado como peligroso y ellos como impotentes, no tiene inscripción de representaciones de los objetos como apetecibles, protectores y la representación de sí como valiosa. Cabe hacer notar que es muy diferente entender que un contenido se constituya en la mente del sujeto como objeto de deseo y que por culpa, persecución o conflicto lo reprima y funcione como si no existiera; a que ese contenido no se inscriba. Asimismo, los primeros años son fundacionales y configuran relevantes puntos de anclaje de la identidad. Investigaciones neurofisiológicas, certifican que las experiencias emocionales del niño durante los primeros 18 meses –edad en la que no se ha iniciado la mielinización del cuerpo calloso ni la maduración del hemisferio izquierdo al ritmo del derecho- permanecen inscriptas en el hemisferio derecho, formando un self implícito no verbal y solo se puede llegar a ellas a través de nuevas experiencias emocionales (Schore, 2011; Tronick y Gianino, 1986). En palabras de Coderch (2012) “nos hallamos cabalgando continuamente a lomos de la memoria de procedimiento (inconsciente implícito no reprimido) en la que se acumulan experiencias, aprendizajes, emociones, pautas, formas de estar con otros y comportándonos de acuerdo a este saber prereflexivo” (p.130).

Los movimientos progresivos/ regresivos y las múltiples combinaciones conscientes e inconscientes de la experiencia vivida, trascienden la primera infancia, porque -a lo largo del transcurrir vital- con el respaldo de la plasticidad neuronal los encuentros con otros, con el mundo cultural y natural tienen la capacidad de producir nuevas inscripciones que inducen cambios en el interior del psiquismo y por ende, en las relaciones con los otros. Paradójicamente, esta dinámica se emplaza entre la repetición del determinismo que las dimensiones relacionales intersubjetivas construyen y la posibilidad de crear, recrear intrasubjetivamente experiencias vividas en múltiples mixturas que darán lugar a lo particular, con sus márgenes de libertad.

Para trazar un eje conceptual que permita agudizar nuestra mirada sobre las construcciones que devienen entre las primeras ligazones amorosas, un segundo tiempo

de diferenciación amorosa y el descubrimiento de la alteridad del otro recurrimos, como figura didáctica, a puntualizar diez hitos evolutivos. Dimensiones que son señaladas como emergentes en el marco de la complejidad de procesos no lineales de la constitución subjetiva. Cada uno de ellos, a lo largo de nuestras vidas, con inacabados movimientos progresivos/regresivos en el que cada nuevo paso convoca, reorganiza, provee, reconstruye el modo de ser y estar en el mundo con otros y consigo mismo. Realizada la salvedad precedente procedemos a puntualizarlos, incluimos en el primer tiempo de ligazón amorosa: 1) el mundo de representaciones imaginarias de la preconcepción; 2) la elaboración de la pérdida de la vida intrauterina y su par complementario tomar la vida y 3) los primeros progresos en los procesos de discriminación. En el segundo tiempo de diferenciación amorosa ubicamos: 4) la capacidad de realizar el primer acto de posesión, de representar, de crear espacios intermedios que se expresa en la posibilidad de ligarse a un objeto transicional; 5) los procesos de diferenciación entre personas y objetos conocidos o desconocidos; 6) los pasos hacia la autonomía motriz, la exploración y el conocimiento de los riesgos; 7) el desarrollo de la capacidad de estar a solas sin sentirse abandonado. En el tercer tiempo de descubrimiento de la alteridad del otro consideramos: 8) la discriminación entre lo mío, lo tuyo, lo nuestro que pone en juego tanto el amor a sí mismo y a los otros como el descubrimiento de la diferencia de sexo y primeras elecciones constitutivas de la identidad de género; 9) el descubrimiento de la privacidad de la mente y el resignar que otros piensen por él y en él; 10) el pasaje de las leyes y mitos familiares a las múltiples legalidades y mitologías de cada contexto, que propulsa el compartir con otros tolerando las diferencias. Este último, por su especificidad y extensión se incluirá en un trabajo posterior.

Las constelaciones internas señaladas, constituidas a modo de capas que se entretajan, conforman un caleidoscopio para analizar la dinámica involucrada tanto en las vicisitudes que presenta el desarrollo evolutivo como en las configuraciones de diversas dificultades. Desde este enfoque, el objetivo del presente artículo es delinear un marco teórico que permita repensar el diagnóstico en la niñez con las necesarias diferenciaciones entre dificultades que expresan déficits en la constitución psíquica de las que refieren conflictos posteriores, propios de un psiquismo que cuenta con recursos internos. Las perturbaciones por déficits se centralizan, con diversos grados de profundidad, en el transcurrir de las primeras ligazones amorosas y lo que hemos denominado tiempo de diferenciación amorosa.

Primer tiempo de ligazón amorosa

El mundo imaginario de las representaciones de la preconcepción

Mucho antes de anunciarnos en el vientre materno nacemos en la mente de otros; otros que en ocasiones van más allá de los padres para incluir abuelos, tíos, a toda la

familia extensa que a su vez encarnan la transmisión de los mandatos sociohistóricamente contextualizados. Desde esta perspectiva, acuñamos el concepto de función materna ampliada o madre grupo como una extensión del concepto de función materna, para incluir tanto a la madre osu sustituto, como al grupo encargado de sostenerla y duplicar los cuidados que recibe el bebé. Si bien en la diada mamá-bebé vemos dos, hay muchos más que dos. En el psiquismo del bebé estarán presentes tanto el cuidado concreto como la trama relacional que se configura en los intercambios emocionales entre todos y cada uno de los participantes emplazados contextualmente (Daher y Taborda, 2013). Para constituirse en un medio proveedor y facilitador del desarrollo del niño, se requiere del vívido reconocimiento, en términos de Benjamin (1996), tanto de él como de sus padres y cuidadores. Cómo los cuidadores miran al niño y se miran entre ellos, cómo experimentan y conciben el placer y el dolor, cómo se ven a sí mismos ejerciendo la función parental forman parte de la concepción que el sujeto arma de sí.

Recortemos la mirada en los progenitores y detengámonos en los niños de alrededor de 3 años para ponernos en contacto con los orígenes del deseo de tener un hijo. Podemos verlos jugar a cuidar, arropar, acunar, educar a un muñeco predilecto, una mascota, a un otro más pequeño, más vulnerable. Luego, en el transcurso de la niñez y adolescencia, por diversas reconstrucciones que la complejización evolutiva propulsa, vuelve a surgir el deseo de un hijo. El descubrimiento de lo infinito de la dimensión del tiempo conlleva a reconocer la muerte, con la angustia que ello implica. En estos escenarios se vislumbra la dimensión transubjetiva y nuevamente surge la posibilidad imaginaria de un bebé plausible, ahora con el legado central de que nos trascienda. Desde esta óptica, paradójicamente se emplaza el reconocimiento de la incompletud ontológica -necesito de otro- y la ilusoria fantasía de vivir a través de otro.

Volvamos al primer tiempo donde la presencia en el vientre materno desencadena intensos movimientos en el mundo de las representaciones maternas y, de estar presente, también paternas con sus similitudes y diferencias (Ammaniti y Trentini, 2011; Grimalty Heresi, 2012). El devenir madre se realiza al compás de las transformaciones corporales. Investigaciones recientes dan cuenta que en los últimos años, se diversifican las modalidades subjetivas de vivir y expresar la paternidad acompañadas de nuevas lecturas de su función. Se pone en valor la disposición tanto de sostener y acompañar a su pareja, como proteger y criar a su hijo. Con diversos matices, el padre deposita la confianza de que otro cuide y comunique los estados que el crecimiento intrauterino del bebé promueven, con los concomitantes sentimientos de inclusión/exclusión que esto genera. En ambos padres se conjugan deseos de trascender y tener algo propio; de duplicarse, reflejarse y ampliar los ideales; renovar viejas relaciones; reelaborar la relación con la propia madre/padre; concretar sueños y oportunidades perdidas. La función del padre no es secundaria a la de la madre, sino todo lo contrario, en el mejor de los casos ambos se

complementan para configurar la red vincular capaz de favorecer el bienestar y desarrollo del niño (De Aguiar, Santelices y Pérez, 2009; Nieri, 2012). La historia de cada uno de los padres y de ellos como pareja le otorgará un lugar particular al niño y tallará deseos e ideales puestos en él. En el interior de la mujer y frecuentemente entre los progenitores o sustitutos se gesta otra vida y con ello una estructuración de la identidad como mujer, como hombre, como futura madre o futuro padre, como pareja de su compañero/a, como trabajador/a, como hija/o de sus padres y como miembro de la cadena intergeneracional de su familia y especie. En paralelo a la gestación se conjugan imágenes, temores, esperanzas sobre el bebé como hijo propio y de la pareja, como nieto de sus propios padres, como individuo con su propio temperamento, apariencia y porvenir para dar lugar a las representaciones mentales parentales. Así, al parto concurren al menos tres bebés: el bebé de los sueños de la infancia y adolescencia, el bebé imaginado durante la gestación y el bebé real (Brazelton y Cramer, 1993; Stern, 1991; Stern, Bruschiweiler-Stern y Freeland, 1999).

Elaboración de la pérdida de la vida intrauterina y su par complementario tomar la vida

La experiencia de nacer se puede presentar con diversas vicisitudes. Sinteticémosla en tres, los partos que no presentan problemas y conllevan la experiencia de poder dar y tomar vida, aquellos que si bien tienen dificultades la recuperación materna y los cuidados tempranos pueden sanearlas y los que dejan marcas difíciles de revertir. La bibliografía psicoanalítica, por ser una experiencia cercana a la muerte, se inclinó a pensarlo como un trauma (Obaid, 2012; Rank, 1924/1991). En cambio Moreno (1966), lo describe como un acto de creación que instala el yo puedo. Tomamos estos aportes contrapuestos, traumatismo/creación, para señalar que, a nuestro entender, en el parto que no presenta dificultades y en el que las presenta en grados tolerables, se yuxtaponen ambas vivencias. Estudios de las dimensiones relacionales realizados desde las neurociencias han demostrado que durante el nacimiento, se segregan hormonas que impregnan de opiáceos los sistemas corporales de la madre y el bebé. La oxitocina-hormona del amor y las endorfinas, conforman un complejo hormonal facilitador que al conjugarse con procesos subjetivos de reconocimiento puede favorecer el cuidado y la relación de apego (Odent, 2002).

El nacimiento interrumpe el estado de completud, todo cambia y el bebé se enfrenta con su primera conquista vivir y también su primera pérdida, su primer duelo. No sólo todo cambia, el ser humano nace en un estado tal de indefensión, que su desarrollo depende del encuentro con otros capaces de proveerle cuidados, en cierto sentido, similares a los que tuvo en el vientre materno, dado que la posibilidad de esperar aún no está presente. ¿Por qué no puede esperar? Porque en los primeros momentos vitales no se puede mantener la esperanza de que ya vendrá, todo pasa en el aquí y ahora. No se puede

discernir que la madre grupo que frustra es la misma que gratifica e integrarla, para el bebé es buena o caóticamente mala. El bebé viene de habitar un mundo, en el cuerpo de su madre, donde la regulación de estímulos luminosos, sonoros, las necesidades alimenticias, térmicas y de sostén están satisfechas, la dimensión tiempo presente/ausente recién luego del parto irrumpe en la relación. Por la inmadurez con que se nace todo lo que provoque sensaciones placenteras o displacenteras genera un proceso mental primitivo, rudimentario, que las ubica como efecto de una causa intencionada. El bebé lo vive como “me da placer” o, por el contrario, “me daña”, “me quema”, “me estruja”. Como se dijo previamente, aún la esperanza del reencuentro no ha podido configurarse y toda ausencia es vivida como presencia maléfica. Los estados de necesidad como el hambre, frío, sueño, despiertan las más penosas vivencias de aniquilamiento, sofocación, ahogo y desdicha (Del Valle Echegaray, 1990).

Si bien los niños nacen con una motivación intrínseca para comunicar y compartir significados con otros (intersubjetividad primaria), aproximadamente durante las doce primeras semanas de vida aún no se singulariza una persona como figura de apego (fase de inicio o de preapego) (Sadurní Brugue, 2008). Poco a poco y con muchas idas y venidas, se va configurando una red de conexiones y emergen las primeras impresiones repetidas del olor, gusto de la leche, temperatura, respiración, latidos del corazón, voz y mirada que se van integrando y diferenciando. El acto de alimentar trasciende el hecho de succionar y proveer leche; es un momento de encuentro y mutualidad, de placer de recibir/dar, descubrirse/descubrir, incluye la totalidad del cuerpo y configura un ordenador del desarrollo en sentido amplio. Se trata de cuidados preverbales que configuran el self implícito del cerebro, representante del sustrato biológico del inconsciente dinámico.

La comunicación interhumana mímica, rítmica y sonora trasmite los primeros sentimientos de seguridad/inseguridad. Winnicott (1954) señala que la psique comienza como una elaboración imaginativa del funcionamiento físico. Durante los primeros meses, el bebé es el ambiente y el ambiente es el bebé, los procesos de discriminación adentro/afuera, interno/externo son incipientes por lo que depende absolutamente de la adecuación de los adultos a su prematuridad; reflejada en el modo en que se lo sostiene, manipula y promueve su capacidad para relacionarse con el mundo. La manera en que se lo toma en brazos está relacionada con la capacidad de identificarse con él, de saber qué siente para así proveerle un sentido de continuidad, existencia, de ser uno. Sostenerlo psíquica y físicamente constituye un elemento básico en el cuidado, cuando esto no sucede adecuadamente queda inmerso en una angustiada sensación de desintegración, de caer interminablemente y la realidad externa no puede usarse como reaseguro. Los brazos que sostienen “arman” al bebé, lo contienen de sus movimientos todavía poco coordinados y de las descargas que se producen a través de la musculatura; lo cual le permite descubrir los límites de su propio cuerpo, de su piel como un órgano de contacto entre el afuera y

el adentro. Cuando la madre grupo manipula tiernamente el cuerpo del bebé, lo acuna, alimenta, cambia, cuida en sus ciclos de sueño y vigilia, favorece el desarrollo de la integración psicósomática. Lo cual se traducirá en capacidad de disfrutar de las experiencias de su funcionamiento corporal, vivencia de ser, logro de adecuado tono y coordinación muscular. De este modo, sienta bases de la alegría de vivir, esperanza y, paulatinamente, de guardar una imagen interna de los cuidados recibidos que permitan imaginar soluciones frente a dificultades tolerables (Schore, 2008).

El bebé es un participante activo ¿Cómo participa? Se relaja, sonrío, con su cuerpo recorre las curvas del cuerpo de quien lo abraza hasta quedar pegados centímetro a centímetro, se amolda, incorpora, comunica lo apacible del contacto. La introyección de la delicadeza de los cuidados tempranos recibidos, del conjunto de funciones de protección, sostén, acompañamiento y consuelo configura las primeras ligazones amorosas, la capacidad de soñar despierto, la paulatina regulación de sus ritmos y progresivo incremento del interesado contacto visual, auditivo, muscular con la realidad externa. Quienes pueden dejarse enseñar por lo que él bebé trasmite sienten ternura, encanto, alegría por producirle placer, por apaciguar sus angustias. Cuando los cuidados no son lo suficientemente buenos estamos frente a la privación emocional, en la que es posible que se ocasionen diferentes niveles de bloqueo en la construcción de la capacidad de relacionarse consigo mismo, identificarse con otros y, posteriormente, de ponerse en el lugar del otro. La privación emocional lleva a fabricar un caparazón que oculta el verdadero self detrás del falso self que, en su extremo psicopatológico, provoca una sensación de vacío, futilidad e irrealidad (Winnicott, 1971).

Los primeros progresos en los procesos de discriminación

Los procesos relacionales intersubjetivos de discriminación se complejizan, él bebe se torna un interlocutor más activo que deliberadamente busca influir en el otro, aun en el marco de la dependencia absoluta que caracteriza estos primeros trayectos vitales. Las interacciones corporales manifiestas y escondidas continúan armando los equilibrios homeostáticos supraindividuales, madre y bebé prosiguen regulándose recíprocamente. Regulaciones que impactan en el sistema inmunitario, la leche incide en la frecuencia cardíaca, el contacto táctil en la temperatura y nivel de actividad, la estimulación vesicular por acunamiento en el equilibrio emocional y la conducta motriz. Los correlatos entre fisiología, emociones y biografías dan lugar a historias psicósomáticas singulares en las que cuerpo, memoria emocional y sentimientos de seguridad se entrelazan. Correlatos que entretejen la vida psíquica y somática y ponen en evidencia la necesidad de dejar atrás concepciones de cuerpos sin mentes o mentes incorpóreas flotando en la nada. Estudios recientes muestran que las caricias maternas estimulan la actividad del surco temporal superior derecho referido

como “cerebro social”. Hallazgos que marcan interrelaciones entre tiernos cuidados corporales y futuros procesos de mentalización que habilitan la vida interior e interés por los estados mentales de los demás, a lo que se suma el funcionamiento de las neuronas en espejo (Brauer, Xiao, Poulain, Friederici y Schirmer, 2016).

Paulatinamente, comienza a vislumbrarse una segunda fase de apego en formación que abarca aproximadamente entre los 2 y 6 meses. El gran descubrimiento es el enlace diferenciado con el cuidador a quien prefiere, sigue con la mirada si se mueve, sonrío y balbucea aún más cuando él le habla. El bebé sólo puede implementar algunas conductas propias de apego y seguimiento, entre ellas llanto, sonrisas, vocalizaciones y se especializa en nuevas sincronizaciones, generalmente desplegadas en espacios lúdicos. Todas ellas en consonancia rítmica con las expresiones faciales, postura y tono de la voz del adulto, vehículos esenciales de las comunicaciones de apego (Bowlby, 1989).

En consonancia, Trevarthen (1990) describe algunas caracterizaciones neurobiológicas de las comunicaciones afectivas bidireccionales implícitas incluidas en los protodiálogos como mensajes táctiles, corporales, visuales coordinados ojo a ojo y, vocalizaciones auditivas prosódicas que sirven como canales de señales comunicativas e inducen efectos emocionales instantáneos. En este marco, el núcleo afectivo básico del self comunica sus estados psicobiológicos subjetivos a través de protoconversaciones intersubjetivas coordinadas preverbalmente (Schore, 2005). El procesamiento diádico implícito de estas comunicaciones no verbales, presente desde los inicios, son producto de las operaciones del cerebro derecho del niño interactuando con el hemisferio derecho de la madre. Este hemisferio es dominante en la comunicación emocional y el imprinting o mecanismo de aprendizaje que subyace al apego (Johnston y Rogers, 1998). Las experiencias de apego, se inscriben en el cerebro derecho e imprimen un modelo de trabajo interno -implícito no consciente- de estrategias de regulaciones del afecto. Al compás de estos procesos se arma el self-estructura psíquica expresada a través de un sentimiento sano de mismidad, autoestima y bienestar- que sienta sus bases en sustratos primariamente biológicos que al involucrar al cuerpo se experimentan como sentimientos. Cabe reiterar, no es un constructo mental, es un hecho corporal que equivale a ser consciente de los afectos y estar en contacto inmediato con ellos (Ávila Espada, 2014).

En este momento y por un tiempo más, el placer de “tener” es equivalente al placer de “ser” y a través de él se configuran los cimientos del logro de la confianza básica que permitirá percibir y enfrentar en forma creciente los ciclos que alternan entre estados de necesidad, ausencia y displacer, con aquellos de presencia, consuelo, cuidado y placer. Las actividades de autoconsuelo, como por ejemplo, chuparse el dedo o el puño, marcan las primeras formas de la capacidad de representar del niño. Precisamente, es el plus de placer que estas actividades proveen lo que posibilita la aparición de la realidad psíquica propiamente dicha. También es cierto que los bebés inadecuadamente cuida-

dos exacerbaban y prolongan estas conductas en el tiempo. El autoconsuelo surge como defensa para proveerse precozmente autosostén y autoregulación con sus correlatos en la mente expresados a través del refugio en el sueño excesivamente profundo, la disociación, alucinación omnipotente y alternancia con estados de desazón, todos ellos signos de sufrimiento temprano.

Alrededor de los cuatro meses de vida, con los sustratos que precedentemente señalamos, se complejizan las actividades mentales, tales como las representaciones simbólicas, fantasías, actividades lúdicas, los recuerdos, las primeras integraciones presente y pasado. Inician fluctuantes progresos que permiten que los olores, los sonidos, la visión, las sensaciones táctiles, comiencen a integrarse en un todo. Lo cual se hace extensivo a la percepción de las personas que lo cuidan y así la madre que frustra comienza a ser, en la mente del niño, la misma persona que en otro momento gratifica, además empieza a visualizar que en la vida de su madre hay otras personas. Se perfila un segundo tiempo que hemos denominado de diferenciación amorosa, signado por movimientos de integración, representación e incipientes preocupaciones por los efectos de su conducta en el otro.

Segundo tiempo: el paulatino proceso de diferenciación amorosa

Capacidad de realizar el primer acto de posesión

El niño empieza a jugar, primero con su propio cuerpo y luego con los objetos, disfruta de chupetear, de mover y mirar sus dedos y manos, de sujetar un objeto externo para explorarlo, para acercarlo/alejarlo, esconderlo/encontrarlo, tomarlo/arrojarlo voluntariamente, para conocerlo no sólo con su boca sino también con sus ojos. En esta etapa, esconderse es su actividad lúdica primordial, aparece y desaparece detrás de una sábana, una tela, abre sus ojos/los cierra, puede perder/reencontrar. Este juego universal irá tomando diferentes formas a lo largo de su desarrollo, con un doble carácter placentero y facilitador de la elaboración de diversas angustias que surgen al compás de la paulatina complejización de la integración perceptiva y mnémica. La ausencia vivida como presencia maléfica empieza a quedar atrás para habitar las capas más profundas de la mente. Los referidos progresos en los procesos de integración y discriminación, conjuntamente con la creciente capacidad para manipular y relacionarse con los objetos, sientan las bases para la aparición de lo que Winnicott (1992) describió como objeto transicional. El mismo se constituye en un hito del desarrollo, dado que es el primer acto de posesión que se realiza, representa a la figura materna y se configura en una compañía, por lo que puede persistir en la niñez a la hora de acostarse, en momentos de soledad y al enfrentar nuevas situaciones que generan temores. Paradójicamente, este objeto no proviene del exterior ni del interior, sino de su propia creación que abre un espacio virtual, un área de ilusión entre el infante y el reconocimiento del mundo exterior, todo ello

sustentado en la introyección de la delicadeza de los cuidados recibidos. Para crear los prerrequisitos del objeto transicional es necesario que el adulto con sus cuidados organice las constelaciones amorosas y humanice con su lenguaje preverbal y verbal los objetos, los momentos que lo rodean, lo cual sólo es posible en la medida en que el niño se constituya en un objeto de amor para sus cuidadores. Las acciones concretas del adulto pueden devenir en fuentes perturbadoras o, por el contrario, ofrecer la oportunidad de investimentos colaterales que crean potencialidades sublimatorias. En consecuencia, es posible diferenciar entre un tiempo de primeras ligazones y un segundo tiempo de diferenciación amorosa, donde el otro se constituye en una persona de amor propiamente dicha y es el objeto transicional el que surge en este transitar como una intermediación entre el sujeto y el otro que implica la representación mental de sí mismo y de sus cuidadores -en niveles implícitos sensoriales, sustitutivos y representacionales-. Por lo tanto, es el primer intermediario que plantea una triangulación amorosa que indica la capacidad de amar simultáneamente a más de un persona. No es parte de su propio cuerpo, ni del cuerpo del otro, de este modo, marca importantes pasajes en la integración de la representación mental de sus cuidadores. Cabe subrayar que el objeto transicional nos permite inferir que en el niño se estableció la capacidad simbólica de representar, de crear lugares mentales intermedios que permiten habitar multiplicidad de "entre". Tengamos en cuenta que crecer transcurren en estos espacios intermedios, en un "entre tú y yo", "entre la certeza y la duda", "entre el jugar y el aprender", "entre la alegría y la tristeza", "entre los límites y la transgresión", "entre lo dicho y lo no dicho"; "entre tú, yo y el mundo" o "entre..." Lo transicional no es el objeto en sí, el objeto representa la transición del bebé cuando pasa del estado de unión con la madre al estado de hallarse en relación con ella como algo exterior y separado. Poco a poco delimitar su individualidad y progresar en sus posibilidades de representar mentalmente, permite continuar los trayectos de separación. Ahora cuenta con un dedo que puede chupar y consolarse, con un objeto transicional, juegos, laleos, con la incipiente capacidad de representar.

Complejización de los procesos de diferenciación entre personas y objetos conocidos o desconocidos

Cerca de la segunda mitad del primer año de vida el bebé inaugura nuevas modalidades de salir del cascarón, de separarse para explorar y relacionarse. Jugar a dejar caer objetos se configura, según Winnicott (1954), en un indicador de que el proceso de separación e instauración de primeros ritmos puede comenzar. Así, el niño comunica su capacidad de poder liberarse-separarse, consecuentemente, aparecen preocupaciones respecto a los efectos que tienen sus actos en los otros y, con ello, el comienzo del reconocimiento de la existencia de ideas y fantasías relacionadas con sus acciones. Las expresiones agresivas

son tolerables cuando el niño ha logrado el acceso a la capacidad de reparación, dado que ella se conjuga con los movimientos iniciales de la posibilidad de preocuparse por el otro, que en este momento vital son la madre y sus duplicadores. Estos primeros movimientos de preocupación por el otro reflejan la posibilidad de integrar a su madre, a él mismo y a otros como personas completas, con el consecuente desarrollo de la capacidad de dar, producto de los incipientes reconocimientos de lo bueno y malo que habita en su interior. La agresividad necesaria para descubrir el mundo externo, se constituye como condición para las nacientes pluralizaciones del reconocimiento de la realidad del objeto separado del self conduce y progresivamente al logro de la mismidad, autonomía, autoconciencia e integración, equivalente al “yo soy”. Agresividad, separación, integración, preocupación por el otro, se combinan inextricable (Winnicott, 1971).

Paralelamente a la aparición de la inquietud provocada por los primeros movimientos de preocupación por el otro, suelen aparecer los dientes que llevan a la inclusión de alimentos sólidos, a nuevas modalidades de relación con los objetos, de representación y de expresión de la agresividad. Morder permite aferrarse, retener, desentrañar, separar, discernir e integrar. Esto se va a configurar en un prototipo de las diferentes maneras en que el niño incorporará los aprendizajes. Detengámonos a pensar ¿Por qué se configura en un prototipo? Para conocer es necesario ponernos en contacto con sujetos, objetos, recortarlo de otros, investirlo, observarlo, analizarlo, desentrañarlo, para luego integrarlo.

El bebé de alrededor de 8 meses pide y lucha con su llanto y con su cuerpo para que las figuras primordiales que cuidan de él no lo dejen. En ocasiones, los adultos que están alrededor suelen interpretar estas conductas como un rechazo personal o que el bebé ha realizado un retroceso, o que está demasiado apegado. Queremos subrayar que lejos de ser así, en realidad se trata de un saludable momento evolutivo en que se pluralizan los procesos de discriminación y diferenciación, ahora el bebé sabe con quién quiere estar y lucha activamente por ello. Es más, constituye un indicador de pasaje a la tercera fase del proceso de construcción de los modelos operativos internos de apego, descrita por Bowlby (1989), como fase determinante de vinculación. En este momento, emerge con toda fuerza el miedo al extraño y búsqueda activa de proximidad con una figura discriminada por medio de la deambulación y de un abanico de señales conductuales. En la vida mental cobran importancia figuras de apego subsidiarias a las cuales con frecuencia recurre cuando se encuentra en entornos conocidos y generalmente rechaza, fuera de los ambientes familiares. Puede diferenciar las personas entre sí y sabe que ellas siguen estando aunque desaparezcan de su vista, nuevos descubrimientos que lo tranquiliza y angustia.

La autonomía motriz, la exploración y el conocimiento de los riesgos

Entre los nueve y quince meses, el niño puede trasladarse hábilmente gateando o caminando y el juego a las escondidas vuelve a tomar otras formas, ahora es “te sigo”, “te atrapo”. La posibilidad de andar sobre sus pies y deambular de un lugar a otro, marca un cambio en la representación de sí mismo y de los otros. Nada mejor que los brazos del adulto para sostener y ayudar a caminar, para lograrlo se conjugarán procesos madurativos neurológicos con el sentimiento de seguridad que implica querer alejarse acompañado por la certeza del reencuentro. La función de sostén del adulto requiere de transformaciones al compás de nuevas exigencias que surgen sobre su capacidad negociadora. La sensibilidad y asistencia del adulto permitirá limitar la exploración en un marco de negociación, de oferta de diferentes posibilidades, de completar lo que el bebé aún no puede. Cuando la libertad de exploración es indiscriminada y excesiva, aumenta la ansiedad del niño que puede perturbar la confianza en sí mismo y en los otros. Tanto “hacer todo lo que quiero”, como por el contrario “muy poquito me está permitido” o “a veces me está permitido y a veces prohibido”, genera incertidumbre y ansiedad que pueden bloquear iniciativas exploratorias y la construcción de la conciencia de “yo puedo”, “soy eficaz”.

Los niños desean hacer cosas y los cuidadores al facilitar esta experiencia, ponen a prueba sus propios temores, la tolerancia frente a los requerimientos infantiles y los modos con que pauta el conocimiento de sí en relación con el mundo. Los adultos suelen manifestar sus dificultades a través de la sobreprotección o su par antagónico, la indiferencia, así en vez de acompañarlos a hacer, lo hacen por ellos o, por el contrario, los dejan solos expuestos al fracaso y/o a situaciones de riesgo. Según Doltó (2000) en esta edad, desde el inconsciente del niño, los objetos manipulados por sus padres y cuidadores son una prolongación de ellos. Entonces, si por tocar un enchufe recibe una descarga eléctrica, él vive como que papá, mamá y cuidadores están ahí, lo castigaron y lo hicieron voluntariamente, o más aún, vengativamente. Freidin y Calzetta (2016) señalan que los accidentes reiterados revelan severas dificultades de los cuidadores para sostener -incluyendo la manipulación y espejo- y contener emocionalmente, lo cual propicia en el niño falencias en la capacidad de simbolizar impulsos agresivos.

En síntesis, en el transcurso de aproximadamente el primer año y medio de vida, en la medida que los cuidadores lo posibiliten, se van produciendo los necesarios enlaces amorosos del bebé con el mundo y consigo mismo que permitirán la complejización de sus recursos. Los alcances de las modificaciones intrapsíquicas y relacionales que propician las primeras preocupaciones respecto a los efectos que tienen sus actos en los otros, inauguran otras modalidades de ser y estar en el mundo que se irán expresando a través de la capacidad de ligarse a un objeto transicional; los procesos de diferenciación entre personas y objetos conocidos o desconocidos y los pasos hacia la autonomía motriz.

Tercer tiempo: El descubrimiento de la alteridad del otro

Entre la exploración y la búsqueda de reencuentro:

La capacidad de estar a solas sin sentirse abandonado

El progresivo logro de la autonomía motriz lo enfrenta con el querer corretear con el placer que esto conlleva y construir la seguridad que estarán ahí, no se irán, no lo abandonarán. Surgen escuetos momentos de estar solo que promueven nuevas organizaciones intra e intrasubjetivas. Comienza a construirse la ilusoria certeza de que los seres queridos que no están bajo nuestra visión se encuentran bien, convicción que permite, según Rolla (1971), el control omnipotente del objeto. ¿Por qué decimos ilusoria? Porque la vida es imprevisible nadie ni nada puede dar semejante garantía. El control omnipotente del objeto, posibilita el emerger del sistema de exploración y permite estar por momentos solos, o mejor dicho con recuerdos relacionales protectores que preservan de aquellos temores que requieren de acompañantes continuos. Dicho sistema de exploración se respalda en la constitución de la capacidad de estar a solas sin sentirse abandonado. Capacidad que opera en correspondencia con la confianza básica producto de representaciones mentales de vínculos afectivos lo suficientemente buenos y disponibles que han brindado la oportunidad de estar solo en presencia de sus padres-cuidadores, sintiéndose protegido sólo por estar ahí. Winnicott (1971) señala que un adecuado desarrollo hacia la salud depende, en cierto momento, de la situación paradójica de hallarse solo en compañía de otra persona (madre o sustituto). Es necesario que la soledad sea mitigada para luego poder enfrentarse a la soledad básica del ser humano. Tal experiencia, es cardinal para evolucionar hacia la normalidad y no hacia la paranoia o al resguardo de un falso self. Sólo una madre-grupo viviente y presente puede inscribir la presencia de su ausencia. A lo que es pertinente agregar que tal experiencia, que comienza a dar sus primeros indicios en esta fase evolutiva, es radical en la constitución del reconocimiento de la alteridad del otro, dado que es el reflejo de la conjunción del amor a sí mismo, el amor al otro y el temor a perderlo.

Vivir implica el interjuego de la capacidad de estar a solas, con la posibilidad de recurrir a otros y realizar, con diversos matices, intercambios afectuosos. La misma refiere a la prevalencia de sentimientos de amor y vívido reconocimiento. Son precisamente estos sentimientos los proveedores de la confianza en sí mismo y en el mundo que lo rodea; estimulan el aspecto creativo de la mente, así como también la generación de nuevas ideas y la fortaleza para afrontar las vicisitudes de las relaciones interpersonales. En otras palabras, para que emerja esta capacidad es necesario que estén inscriptos los cuidados preverbales de otro humano, porque a partir de los cuidados recibidos hemos construido la esperanza de poder recostarnos en otros, con lo cual no es necesario recurrir a independencias defensivas ni a su par antagónico la dependencia excesiva. Los tiempos de soledad soportables estarán en estrecha relación tanto con la edad del

niño, al principio estos tiempos son muy breves, como con la emocionalidad y la situación particular que los envuelve. Los enojos, tristezas, temores, entre otros sentimientos penosos, siempre requieren de compañía y consuelos.

La discriminación entre lo mío lo tuyo y lo nuestro. El control de esfínteres y el descubrimiento de la diferencia de sexo

Después del logro de la marcha y de la incipiente capacidad de estar a solas sin sentirse abandonado, el interés se desplaza al conocimiento de su propio cuerpo, al reconocimiento de su interior, lo que entra y sale de él, a la retención y a la expulsión voluntaria de sus excrementos. El aprendizaje del control de esfínteres es otro de los jalones evolutivos que signa la constitución subjetiva, las relaciones con el mundo y pone a prueba las configuraciones amorosas en complejos procesos de diferenciación entre lo mío, lo tuyo, lo nuestro, lo permitido y prohibido. Complementariamente promueve el descubrimiento de la diferencia de sexo que conlleva a las primeras elecciones identitarias.

El proceso del control de esfínteres diurno extiende entre los veinte meses y los tres años aproximadamente, el control de la micción nocturna puede prolongarse hasta los cuatro años e implica la activa la aceptación/rechazo de la pautación. Cuando acepta esta norma, dona su renuncia y con ello concede algo valioso para sí mismo y los otros. Este autodespojo marca la posibilidad de reconocerse como sujeto con excedentes y se constituye en un antecedente de la constitución del sujeto ético. Concomitantemente, el reconocimiento de la diferencia de sexo promueve de modo incipiente el descubrimiento de la incompletud ontológica que tendrá como premisa básica “no lo tengo todo... necesito del otro que me complemente, me enriquezca con su diferencia” (Bleichmar, S., 2016, p.132).

El control de esfínteres y el reconocimiento de las diferencias de sexo, con sus particularidades implican: a) la necesidad de ser amado, b) el amor al otro y el temor a perderlo; c) el deseo de ser grande y d) la construcción de la autoestima, que se configura en el reconocimiento que el otro provee. La aceptación de la norma y el descubrimiento de las diferencias que propulsa la búsqueda de complementariedades, favorece la construcción de diques de contención que se traducen en el emerger de nuevos sentimientos tales como asco, pudor, vergüenza, compasión, felicidad por la felicidad del otro y el reconocimiento de su alteridad.

El asco no está presente desde los comienzos de la vida, porque para establecerse requiere de los progresivos movimientos de diferenciación interno/externo. Estos procesos de diferenciación se realizan primero sobre las heces y luego se extiende a otros objetos que previamente habían otorgado placer, tales como el biberón, chupete y la leche materna dado que una vez que se accedido al destete, también produce rechazo. En estas renunciaciones, se

ponen a prueba los deseos de ser grande que promueven tanto la aceptación de las normas, como el descubrimiento de nuevos placeres relacionales con los otros y el mundo que lo rodea. Pero, no olvidemos, estos movimientos progresivos tienen muchas idas y vueltas, necesariamente se articula con movimientos regresivos que convocan transformaciones y reconstrucciones subjetivas. Cuando el desarrollo sigue los cánones esperados, el niño descubre que no puede sustraerse a la mirada del otro y comienzan a sentirse pudoroso de su propio cuerpo, de su desnudez, más aún cuando descubren las diferencias de sexo. Ahora son ellos los dueños, protagonistas de regular su privacidad corporal, de decidir y elegir cuándo, cómo y frente a quién mostrarse. Tanto la desnudez, como revelar algo que consideran censurable los llena de pudor, se tornan susceptibles a la mirada y juicio del otro por lo que temen la humillación o quedar expuestos ante la superioridad de los adultos que cuidan de él y/o a la pérdida de su amor. Por su parte, la vergüenza no requiere la presencia efectiva de la mirada del otro, porque ella implica el reconocimiento personal, intrapsíquico de la transgresión de la ley moral. Vergüenza y pudor se entrelazan, el pudor convoca a la vergüenza o ésta da cuenta del pudor. La compasión aparece ligada a las primeras formas de identificación con el semejante que permite el reconocimiento del sufrimiento del otro y ofrece la posibilidad de establecer vínculos en los que el cuidado y la consideración mutua están presentes. Sólo el amor y el respeto por quien transmite la ley posibilitarán por identificación la construcción de legalidades. El amor por el otro y del otro son fuentes primordiales de la moral, en la constitución subjetiva. La aceptación de las normas implica siempre un cierto grado de sufrimiento en el niño y en el adulto en quien se movilizan sus propias renunciaciones y vivencias relacionales que habitan las capas profundas de su mente (Bleichmar, S. 2016).

Ver en el otro a un semejante, el agradecimiento y la generosidad, se basan en el reconocimiento del sufrimiento del otro a partir de identificarlo con el propio sufrimiento. Por lo tanto, el asco, pudor, vergüenza y compasión son precursores de la constitución del sujeto ético que renuncia a lo que produjo placer para evitar generar asco o rechazo en el otro e incorporar las normas que impone la cultura. Todo ello expresa la complejización de los procesos de diferenciación e implica que el otro se configura en un objeto interno del cual, cuando predominan aspectos relacionales benévolos, es posible separarse/reencontrarse, se van estructurando las nociones de poder, propiedad privada y vivencias de dar, soltar, regalar, según se desee.

Conjuntamente, emergen deseos de oponerse como un modo de diferenciarse y el “no”, reconocido por Spitz (1965) como un ordenador psíquico, es la palabra que lo designa y señala el enriquece el devenir del proceso de separación/discriminación “este soy yo/este no soy yo”, entre lo mío, lo tuyo, lo nuestro, entre los acuerdos y desacuerdos. En un trasfondo en el que la ambivalencia, el quiero/no quiero, me gusta/me desagrada, se configura en el sentimiento central que embarga todas y cada una

de las relaciones que se traducen en caprichos y berrinches. Cuando no se entienden estos sentimientos, se suele recurrir a la indiferencia o retos, restricciones y amenazas que si bien pueden inhibir la conducta, incrementan la angustia y la búsqueda de castigo para que disminuya la culpa de estar enojado. Estos desencuentros en las relaciones asimétricas son modos en los que el dolor psíquico, el desamparo de los niños y adultos se expresan.

El descubrimiento de la privacidad de la mente

En este devenir vital, entre los tres y los cuatro años, descubre también las diferencias entre sueño y realidad, entre lo fantasmático y lo real, entre pensar y hablar, verdadero hito en la constitución del sujeto, donde descubre que si él no dice lo que piensa, el otro no puede adivinarlo. Descubrimiento que pone a prueba la capacidad de estar a solas, sin sentirse abandonado, para poder soportar que su producción mental y la de los otros son privadas, que sus padres y él mismo, pueden esconder lo que piensan o pensar una cosa y decir otra. Tal revelación introduce el permiso de ser diferente y constituirse como sujeto pensante. La construcción de ser autor de sus propios pensamientos, lo conecta irremediabilmente con la necesidad de resignarse a perder los beneficios de que otro piense por él o en él (Fernández, 1997).

El niño ya es capaz de producir sus propios pensamientos y comienza a recorrer el camino de decidir si desea que sean públicos o privados. Así, descubrir la privacidad de la mente le permite comprender las bromas y las mentiras de una manera diferente. Desde muy pequeños, con sus juegos buscan “hacer creer” que algo no es real; entre risas simulan una situación para mostrar rápidamente que no son ciertas. Alrededor de los tres años, los niños disfrutan plenamente de la posibilidad de tener sus propios secretos, aunque a esta edad sólo pueden sostenerlos por un corto tiempo. Estos secretos, a veces, son del orden de la broma, de la complicidad de reunirse con alguien para ocultarle algo a otro, de jugar a engañar a un tercero, lo que los divierte entrañablemente. En realidad juegan con su mente, tratan de poner a prueba su reciente descubrimiento “no ser adivinado” y de ponerse en el lugar del otro para suponer qué piensa ese otro, que constituirá la base de los procesos de mentalización. Los secretos son precisamente los que nos indican que han dado un gran paso, que comprenden algunas de las prohibiciones y las transgresiones o que se sienten avergonzados, incómodos o reconocen su propia privacidad. Por ejemplo, los niños eligen frente a quien desvestirse y frente a quien guardar el secreto de la intimidad de su cuerpo. Simultáneamente, sienten mucha curiosidad por el cuerpo de los otros y entre compañeros, en privado, comienzan a jugar al doctor, a la mamá y al papá o a aquellos juegos que los ayuda a resolver los enigmas de la vida. En este mismo sentido, también hay otros juegos que se viven como transgresiones, como por ejemplo, levantar las polleras y salir corriendo. Estas y otras “transgresiones” infantiles suelen provocar dificultades para

discernir cuándo es del orden evolutivo y cuándo se transforman en un signo de erotización precoz, más allá de lo esperable. La ansiedad que esto suele generar en los adultos puede traducirse en obstáculos para pensar, educar, contener y respetar los sentimientos y curiosidades. En esta edad, están muy preocupados por cómo los ven las otras personas, son muy sensibles y, en general, suelen tener dos modos opuestos de contar esta preocupación: una es la timidez y la otra es la inquietud un poco exagerada con la que dicen “Mírenme, aquí estoy”. Ponen en juego diferentes recursos para captar la atención del otro, cantan, bailan y juegan, hablan de sus acciones y la de otros. Son muy observadores y hacen muchas preguntas movidos por el deseo de identificarse con toda persona que, frente a sus ojos, tiene valor de modelo: los niños mayores de su sexo, los adultos de su sexo, los padres, las personas que sus padres respetan y que recíprocamente, respetan a sus padres; los niños de su edad, etc. Si bien hace tiempo que empezó la edad de las “monerías”, a los tres años está en su máxima expresión y buscan a los otros para comunicarse a través de ellas. Los adultos saludables que están en contacto con el niño se enternecen con estas monerías y diversos progresos, con ello, proveen la necesaria confianza en sí mismo que les permite constituirse como seres capaces de influir empáticamente en otro, de soñarse como hombres o mujeres. En términos de los modelos operativos internos de apego, en esta edad se ingresa a la fase de asociación corregida en las metas, por lo tanto tienen necesidades menos urgentes de proximidad física y puede negociar las separaciones.

El entramado de constelaciones internas descriptas posibilita el pasaje de la ley y mitos familiares a las múltiples legalidades y mitologías que, como dijimos previamente, dada su especificidad y extensión serán tema de otro trabajo (Taborda y Toranzo, 2017).

A modo de síntesis

Desarrollar procesos diagnósticos diferenciales, que permitan un corrimiento de la patologización de la vida cotidiana, implica diferenciar entre dificultades que acaecen por déficits, conflictos o simplemente por reconstrucciones subjetivas en curso. Poner nuestra mirada en la historia vital es uno de los recursos que permite co-pensar con los padres, cuidadores y el niño las complejas tramas en la que se asientan tanto dificultades como sus potencialidades. Tramas que se emplazan en caminos no lineales de construcciones, deconstrucciones y reconstrucciones con sus posibilidades y resistencias de cambio en los trayectos que se extienden entre; intersubjetividad primaria con sus motivaciones intrínsecas para comunicar y compartir significados con otros desde el nacimiento (relación persona-persona); intersubjetividad secundaria, donde surge la relación persona-persona-objeto con los primeros vestigios de terceridad, que habilita compartir experiencias mentales y emocionales que conlleva a sentirse sentido por otro, conocerse a través de ser conocido por otro que va construyen el inconsciente bipersonal

y proceso intersubjetivo terciario donde florece la comprensión mental de pensamientos y emociones tanto de sí mismo como de los otros para reconocerse como sujeto, capaz de conocer, pensar, pensarse y saber que está pensando, en otras palabras la subjetividad propiamente dicha. Proponemos acompañar la reconstrucción de los trayectos vitales con la instrumentación de la técnica auxiliar Historia Fotográfica (Taborda, 2010). Antes de concluir la primera entrevista, se solicita que para el próximo encuentro busquen fotografías para reconstruir la historia vital del niño. Se aclara que pueden elegir las que ellos deseen, impresas o versión digital y, si es posible, las seleccionen en forma conjunta. Se adopta esta modalidad por considerar que las imágenes fotográficas, de un modo u otro, retratan/inmortalizan imágenes de aquellos momentos, relaciones, historias de encuentro con otros y con uno mismo que se temen olvidar: las primeras horas de vida, la primera sonrisa, ajo, caminata, etc. Seleccionarlas convoca a recordar, a elegir cuáles pueden resultar más elocuentes, cuáles se quieren compartir y luego remirlas en compañía del psicodiagnosticador puede promover nuevas asociaciones, narrativas, ligaduras y recuerdos relacionales tiernos y/o alegres en conjunción con los que refieren dificultades. En algunas oportunidades, ellas por sí mismas refieren una historia que difiere de la que se relata en el aquí y ahora. Al trabajar con imágenes fotográficas es importante estar atentos, entre otras cosas, a la disposición que los padres muestran para buscarlas, a conversar sobre ellas fuera y dentro del consultorio, los lugares que reflejan, las personas retratadas, los pasajes que se muestran y los que quedan excluidos. Frente a lo cual, las intervenciones del psicodiagnosticador son centralmente el reflejo, las preguntas que estimulen volver a mirar, acompañando el establecimiento de los nuevos enlaces, respetando lo que aún no puede pensarse. El eje de la modalidad propuesta pone en relieve que el diagnóstico en la vida de un niño nunca resulta neutro: es terapéutico o iatrogénico. El proceso psicodiagnóstico puede constituirse en una herramienta terapéutica, en la medida que brinde un continente para pensar, en forma incipiente, nuevos enlaces sobre la problemática por la que se consulta o, en su defecto, en un etiquetamiento iatrogénico. Cabe subrayar que resulta tan pernicioso arribar a falsas rotulaciones diagnósticas como postular apreciaciones ilusoriamente positivas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Ammaniti, M. y Trentini, C. (2011). Cómo el Nuevo Conocimiento sobre Ser Padres Revela las Implicaciones Neurobiológicas de la Intersubjetividad: Síntesis Conceptual de Investigaciones Recientes. *Clínica e Investigación Relacional*, 5(1), 60-84
- Ávila Espada, A. (2014). The intersubjective: A core concept for psychoanalysis. *International Forum of Psychoanalysis*, 25(3), 186-190. doi:10.1080/0803706X.2014.967813.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor: psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Madrid, España: Paidós Ibérica

